EL HOMBRE

SEMANARIO ANARQUISTA
Editado por la agrupación "el Hombre"

REDACCION Y ADMINISTRACION
DOMINGO ARAMBURU No. 1828

AÑO II | MONTEVIDEO, SABADO 20 DE ABRIL DE 1918 | (PORTE PAGO) | Núm. 78

LA BONDAD

No somos cristianos. Somos simplemente hombres que seguimos caminos de perfección.

En vez de aconsejar a los demás que sean buenos, mejor hariamos en modificarnos nosotros.. Muchas veces creemos que nuestra bondad es sincera, que alcanza dominios de sabiduria y nos equivocamos. La bondad no puede ir separada de la justicia. En cuanto pretenda marchar aislada, avanzar sola, caerá en error.

Anhelar ser un hombre bueno no tiene dificultad; pero lograrlo, es ya bien distinto.

No sabemos hasta que punto es bueno ser bueno, ni cuando la bondad toca los limites de una tonteria. Un hombre que quisiera vivir en un bosque, por ejemplo, le seria muy difícil ser compasivo con las fieras. Del mismo modo, quienes viven en las sociedades civilizadas, no saben hasta que punto deben respetar la vida de algunos semejantes que no son menos peligrosos que las fieras del bosque. Desde luego, que nuestra bondad, condena todo aquello que tiene contornos trágicos y lleva envuelto la pérdida de vidas; pero si nuestra bondad fuera sabia, si estuviera inspirada por la conciencia en vez de tener solamente en el sentimiento sus raices, tendria valores de más significación.

¿Podemos, acaso, lamentar la muerte de un tirano?

¿Puede conmover nuestra alma la desaparición de un malvado? De acuerdo con la idea que considera sagrada la vida del hombre, seria condenable; pero por arriba del valor que tiene la vida en sí, están sus manifestaciones, está el entendimiento y las sanciones de la conciencia que dictaminan y justiprecian sobre lo que es total, como las fieras del bosque y los tiranos de pueblos, sobre lo que es simplemente necesario, sobre lo que responde a un plano superior y es del dominio de la justicia.

Hay una justicia natural que es imposible ignorar, y desconocer. Su principal artículo, no está reñido con las determinantes biológicas que están tan de moda entre los espiritus fuertes. «Lo que no desees para ti, no lo hagas a otro», es un principio de justicia natural.

Al explotador no ha de agradarle ser explotado; al carcelero no debe halagarle la posibilidad de que pueda llegar a ser un prisionero.

Y si hay una justicia natural, es perfectamente posible una ética.

Nuestra bondad, pues, no puede ser ciega ni fatalista, debe ser lo más inteligente posible.

La bondad, si actua dentro del marco de la justicia, puede fundamentar los valores éticos del siguiente modo:

1.o Es delincuente todo aquel que utiliza en su beneficio los esfuerzos y la inteligencia de sus semejantes, perpetuando la condición de barbarie de la explotación de unos hombres por otros.

2.o Es delincuente quien no procura mejorarse a si mismo, perjudicando asi con su pasividad e inercia, a la sociedad en que vive y al progreso de la especie.

3.o Es delincuente, quien alimenta y cultiva el instinto de dominación y se inviste de autoridad, haciendo imposible la vida libre de los demás y perjudicando su desenvolvimiento.

De acuerdo con estas conclusiones calificativas, la actuación social de un hombre conscientemente bueno, debe ser:

1.o Cooperar a los trabajos de la organización de la producción y a la coordinación gremial, por que es desde el gremio de donde se podrá intentar la desaparición de la explotación del hombre por el hombre.

2. Trabajar en la obra de cultura y de entendimiento poniendo los cimientos de la nueva civilización cuyos valores superativos fincan en el anhelo altruista de proporcionar un mayor beneficio a la sociedad en que se vive que aquello que de la misma se recibe.

3.o Poner el mayor empeño de que se es capaz en la tarea de combatir el instinto de dominación, y la violencia que es su corolario, trabajando contra todos los sistemas de gobierno y negando toda simpatia y concurso a la politica.

Estas son nuestras apreciaciones acerca de la mejor conducta social.

Revoltijo semanal

Principio de semana, con un Volcán en el Cerro.

Volcán de mentirijillas, fomentador del turismo a razón de 0.28 ida y vuelta. Los sabios geólogos, que saben de teorias y otras científicas razones, nos han enseñado una porción de cosas del mundo de la geologia, una variedad de nombres tan sonoros como expresivos. No hay mejor pedagogia que la que cimienta sus enseñanzas sobre los hechos. Un volcancito a base de un kilogramo de fósforo vivo, no es una cosa que se puede repetir todos los dias. Recordamos entre las denominaciones de las rocas que producian el fenómeno, las «dioritas», las «antifobilitas» y sobre todo las «apatitas» que parecen significar lo que tuvieron que hacer muchos curiosos: ir y venir al Cerro a patitas.

Poco duró la ilusión de mucha gente que creían que los alquileres en la pintoresca Villa bajarian sensiblemente, por temor al peligro. Será otra vez.

—

Hemos tenido un crimen. Una vieja sorda y dos procuradores como personajes. Total: el dinero como incentivo, la noche cómplice, el narcótico oportuno, el rio con su lecho fangoso. Hay material para una pelicula para una novela policial, para una narración moralista. De aqui, eran los personajes, y en el asunto no podian menos que mezclar a los anarquistas. Así, el jefe de investigaciones, quiso aprovechar la ocasión de perjudicarnos, informando a los diarios que Ruiz, uno de los delincuentes, estaba prontuariado como individuo de ideas avanzadas. ¡Claro está que eso es una gran mentira, que nadie conoció jamás entre nosotros a semejante hombre, pero aun en el caso de que fuera cierto, ello no importaria lo más minimo. Citamos el caso, como muestra de la malignidad policial y su loco afan en perjudicarnos, nada más.

—

Ya tenemos las actividades de la Junta de Subsistencias en tren de franca acción. Veremos hasta donde se llega. Han rebajado algunos precios. Han detenido en parte la acción de los grandes ladrones. Muy bien. Pero con esto muy poco se remedia Como no se tocan las causas, habremos de seguir percibiendo los mismos efectos.

La carestia de la vida tendrá siempre sus malos tiempos, porque al trabajador se le paga una miserable retribución que a nada le alcanza.

Se habla también, de que el Estado expropie las «Aguas Corrientes». En verdad que es vergonzoso que el agua corriente se pague a peso de oro.

Las necesidades higiénicas de una ciudad populosa, precisan que el agua sea barata.

De cualquier forma que sea, es preciso convencerse que estas reformitas y mejoras no remedian nada positivamente.

El mal es más hondo.

Contra los yerbales

¡Los yerbales! Obreros del Uruguay que conoceis el trabajo embrutecedor de los frigorificos, la labor inhumana de las fábricas y talleres sugetos a las reglamentaciones más exigentes y coercitivas, por más mal retribuidos que esteis, por más poco considerados que seais por el capitalista que os contrata, no podriais facilmente formaros una idea del horror de trabajar en los yerbales. Apesar de todas las imposiciones y de todas las iniquidades teneis posible el ejercicio de vuestra libertad física.

No así, ni ésto último siquiera, los obreros de aquellas tierras de maldición. Si entrada en los ingenios significa un irremediable adios a la vida, la pérdida absoluta de todas sus perrogativas de ser humano, para tornarse en la existencia bestial de dos brazos que han de producir hasta agotarse, y de un estómago en cuyas forzosas digestiones la Empresa basará la posibilidad de retenerlo para siempre. Si, porque un mañoso artificio logrará que el obrero trabajando dos dias ganará para comer tan solo para uno y necesitando alimentarse los dos sobrevendrá la inevitable deuda qué ha de encadenarlo sin remedio. La rebelión o la fuga se paga con la muerte.

Es así como los yerbales han devorado pueblos enteros, miles de hombres, no como los devora una mina cuándo explota el grisú, o como los traga el mar cuando naufraga la nave, sino mediante el homicidio, mediante el asesinato generalizado como medio de crear el terror entre los obreros que buscan en la fuga el remedio contra su esclavitud.

Muchas son ye las campañas realizadas contra estos crimener del capitalismo. El amparo y la protección de los gobiernos los mantiene y los mantendrá en auge por mucho tiempo todavia si una acción decidida del proletariado sud americano no los evita de una vez para siempre.

Estamos hoy en los principios de otra campaña. Secundar este nuevo movimiento de opinión que contra los crimenes del Alto Paraná se está organizando es cooperar a una obra de alta solidaridad obrera y de justicia social, pues la realización de la propaganda oral y escrita proyectada esta semana tendrá comienzo y es preciso que sea intensa, continuada y unánime para que surta los beneficios necesarios.

Las sociedades obreras, las agrupaciones anarquistas y su prensa y todos los hombres de buena voluntad están en el caso de emplear bien y con provecho sus nobles energias.

Misticismos de la época

Cuando los hombres abandonan problemas que les rodean y afectan de cerca, para correr tras quiméricas perspectivas del más allá, poco debe importarle la vida, ni merecerles atención las necesidades.

El hombre es un animal metafísico, un místico rematado. Así se explican los sueños del teosofismo, la nueva fé con sus certidumbres de ultra-tumba. No. El sentimiento religioso no se extingue; a lo más, se disfraza, vístese con nuestros ropajes. Hasta existe un mistisismo de la revolución. El fanatismo, ocasiona la obliteración espiritual e interrumpe el funcionamiento normal de la conciencia. Bien quisiéramos tener el poder de alejar a los hombres de esa condición falsa. Pero no nos oyen, no pueden oirnos. Viven en pleno éxtasis, en un circulo hermético para toda verdad.

Decirle a un devoto de la revolución rusa, por ejemplo, que esa revolución no cumplió las obligaciones morales y materiales de su pertenencia, y qúe por no cumplirlas y contradecirse ha perdido sus valores y su fuerza, es condenarse al aislamiento, es hacerse de enemigos. En el fondo de todo místico, existe emboscado un inquisidor, un enemigo de la verdad y de la libertad de pensamiento.

No importa que elevemos el diapasón, que depuremos nuestro lenguaje cuando propagamos nuestras ideas; eso se considera artificioso y pueril. Demasiado arte, y arte inútil, hay en nuestros escritos (se atreven a decirnos) demasiado acicalamiento en vuestra propaganda. Lo que sucede en realidad, es aquello que expresó hace varios siglos el insigne Quevedo: «la verdad busca, no quien la quiera, sino quien la consienta»...

Walter Ruiz.

ENSAYOS CRÍTICOS

Las teorías de una literatura científica

II

LAS SIMPATÍAS DEL ESCRITOR

Todo es perfectamente extremado en este escritor filósofo y científico: hasta su preferencia por las cosas y por las personas. Su espíritu atec tivo, en efecto, no está en consonancia con su espíritu inductivo. El hombre, en materia de simpatías, puede más que el pensador. El señor Massioti se olvida de sus ideas, acaso conscientemente, cuando expone a alguien su reconocimiento o su agradecimiento. Sus encomios ilimitados a los personajes de alcurnia o de posiciones jerárquicas, dejan en nosotros un sabor angustioso de vulgaridad. Y es que ama como las multitudes, atraído por cuestiones genéricas, por símbolos y por los colores chillones de las esperanzas dogmatizadas.

Su concepto político, por ejemplo, no es consecuencia de una doctrina, sino la resultante de un mito simpático. Como filósofo odia la política, la combate, la destruye, pero del hombre surge un hálito de amor que circuye el cuello de determinados políticos. Si el que rige los destinos de un país tiene para sus obras un cumplimiento de cortesía, nuestro escritor lo compensa con sus más sentidos y sonoros homenajes. Las alturas en las que anidan los gavilanes del despotismo, le subyugan y le rinden con pasión y sin criterio. Massioti habría sido, sin duda, un perfecto cortesano. De haber nacido en una monarquía, las gradas del trono habrían tenido en él uno de sus más firmes sostenes.

Pero como en su senti-concepto de la filosofía insulta y odia todos los servilismos, ora se refieran a Dios o al César, al llegar al punto de sus intimidades personales, olvida aquella postura de pensador y se justifica y se complace comparándose con Voltaire. «Voltaire—dice—se sentaba a comer con los reyes, y eso que era filósofo». En efecto, Voltaire tenía esa costumbre; pero acaso comiera con los reyes para observarlos de cerca en sus maneras de masticar y tener después el motivo de una sangrienta ironía. Voltaire observaba siempre, y sentía un placer diabólico riéndose de sus observaciones. Además él era un filósofo que aceptaba el gobierno de los reyes y Massioti no lo acepta. Massioti no acepta la existencia del gobierno, y en este punto es un anarquista. Oídlo, pues: «No hay tales Ciencias Sociales, Morales y políticas, porque todas y cada una de esas modalidades de coexistir no parten-ni-se-apoyan en la Realidad viva-de los Seres humanos».

He ahí su negación envuelta en fin pensamiento enérgico y viril; y más lo fuera o lo fuera completo si le acompañara el análisis y la explicación. Pero le falta este requisito imprescindible; y la idea sólo representa el esquema de un principio que podría servir para una teoría filosófica. Asegurar la no existencia de las tales ciencias enunciadas, sólo por las voces de «que no existen», es probar muy poco; es decir, tales voces no nos evidencian de que aquellas ciencias no existan.

La explicación es probable que Massioti la dé más tarde, luego de muchos centenares de disgresiones. Massioti es un escritor que siente el raro esteticismo de los largos paréntesis y de los extensos preámbulos. Antes de llegar a la verificación matemática de una verdad, como único filósofo que conoce los secretos de este ejercicio, nos la anuncia muchas veces y aún no sabemos cuándo llegaremos a la demostración evidente.

En su literatura científica, sin embargo, tales rodeos. preparaciones y anuncios, no constituyen un defecto, sino que integran una virtud. Las grandes ideas, las ideas madres y originales, son conformadas en largas noches de gestación y precisan después de un parto laborioso. Massioti se halla en este caso, y, sobre todo, quiere librar al lector de un ataque de sorpresa. Es, primero que filósofo, psicólogo y médico. No os extrañéis; su espíritu lacerado y torturado se encuentra muy bien desenvolviéndose en medio de profundas contradicciones. Ved cómo. La ciencia política, nos ha dicho ya, no existe; pero el hombre político no sólo debe existir, sino que con él (según quien sea) están todas sus mejores simpatías. Al doctor José Figueroa Alcorta le llama «el primer político y hombre de estado argentino del siglo XX». El encomio abarca todo un siglo; es decir, un tiempo pretérito, un tiempo presente y un tiempo futuro. Pero, ¿sabéis por qué hace tan grande la inteligencia de Alcorta? Porque este señor hubo de agradecerle el envío de sus obras, por medio de un autógrafo. Y de esta y otras mezquinas retribuciones, se originan las simpatías de Massioti, sus preferencias inocentes, como las de una criatura.

La soledad que sufre y el desprecio que lo acorrala, acaso le hagan caer en ese extremo de inocencia. Sentir que alguien le mira y le habla, es para él la más intensa necesidad de espíritu, es, quizás, su debilidad de más bulto. Filósofo de alta talla, el único filósofo que verifica la verdad, según manifiesta en apretadas oraciones, sufre y se desespera ante el hecho de que el mundo no se lo reconozca espontánea y decididamente. «Un hombre de mis méritos—escribe entre líneas—no se halla todos los días».Cuando coloca a Figueroa Alcorta en primera persona de la política argentina, él, no olvidándose de sí mismo, dice: «Ya que los méritos políticos y patrióticos del Dr. José Figueroa Alcorta, como los míos en ciencia, son de los que no se borran ni obscurecen con inepcias e impertinencias» El paralelismo es odioso. Pero Massioti quiere conjugar su alma con la de aquel señor que en el tiempo del Centenario mandó apalear al pueblo y en que los estudiantes, expresando en las calles su virilidad universitaria, entregáronse a saquear librerías y a quemar imprentas. Otros méritos no sabemos que tenga el ex presidente Alcorta. Fué gobierno supremo, tal vez por los mismos motivos que el Pacheco lusitano que nos presenta Fradique Méndez de Eca de Queiroz. «Casualmente — dice Fradique — yo conocí a Pacheco. Tengo presente, como en un resumen, su figura y su vida. Pacheco no legó a su país ni una obra, ni una fundación, ni un libro, ni una idea. Pacheco era entre nosotros superior e ilustre únicamente porque *tenía un inmenso talento*».

Empero, Massioti publica la fotografía de Alcorta, como musa esencial de su libro, juntamente con la del general Mitre. En el general, sin embargo, puede verse al traductor del Dante y ya es algo. Pero, en Alcorta, ¿qué puede verse? A través del autógrafo, Massioti no ha sabido ver al indio vestido de levita y si a un genio político, engastado en contornos de alguna original metafísica.

En tal situación de espíritu, Massioti elogia *filosóficamente* los simples acuse de recibos que por sus obras le han remitido en nombre del príncipe de Bismarck, de la reina María Cristina, del rey Humberto I, de don Pedro II del Brasil, de Carlos I de Portugal, de Leopoldo II de Bélgica, del Khedive de Epigto, etc., etc. Y anterior a sus sendos elogios, Massioti escribe estas altisonantes palabras: «Con todo esto me guía el interés de exhibir mi-personalidad propia».

Así se nos presenta en nuestra edad un filósofo de América, de entre cuyos apartados, paréntesis y digresiones, he podido entresacar este principio categórico. «El movimiento es causa y no efecto de la fuerza».

José Torralvo

Los malditos

Entre todos los personajes del drama que se representa en Europa, ninguno tan siniestro, tan fatídico como el prestamista de nariz prominente, signo de hebráica extirpe. El facilita el dinero para la industria de la guerra, pone ingentes fuerzas al servicio del crimen y después, sigue con emoción de jugador la terrible partida que cuesta a la humanidad millones de vidas.

Parece que pesara una maldición sobre esa raza que, llena de necio orgullo, se creyó un día la predilecta de Dios, la elegida.

Son los banqueros judíos los principales participantes en los empréstitos de guerra, los principales usureros que juegan con millones al arte de la destrucción. ya que nunca supieron ser creadores de obra útil.

En Inglaterra con Rotchild a la cabeza, en Alemania con los hermanos Nauman, en Nor e América con un grupo de banqueros judíos cuyos nombres no tenemos ahora a mano; se han cubrido la mayoría de los emprestitos y con su oro se ha engrandecido la hoguera.

Si la guerra no fuera un negocio, si en verdad allí se peleara por algo que tuviera algun significado de humanidad, ya la paz hubiera sobrevenido y no se destruirían vidas y más vidas en ciego frenesí, en negro odio, sin utilidad, sin beneficio de otra gente que de esos animales de presa que se llaman los buitres de la alta banca.

El salvaje estaba adentro...

«Para mí la raza humana sólo ha creado dos valores dignos de estima: la ciencia y el arte. En lo demás continúa siendo el último animal de presa aparecido».

S. R. CAJAL.

Y desgraciadamente...

Habíamos puesto demasiada confianza en la virtualidad salvadora de nuestros ideales, y, ellos no habían hecho surco en los espíritus, no habían penetrado bien hondo hasta la médula, hasta el mismo centro, donde se yergue todavía bien cubierto por ficciones ideológicas, dentro de cada hombre moderno bien vestido a la moda, un bárbaro troglodita, un salvaje con su taparrabo!

Es triste, es terrible, es desconsolador, pero ello se constata; es así.

No se alarme el lector, no voy a hablar de los de Europa; de ellos se habla hasta demasiado... Y mientras no se dignifiquen arrojando las armas, lo mejor que podemos esperar de ellos, es... ¡que se agote la edición!

No; voy a hablar de otros bárbaros que están más cerca; otros bárbaros con los que vivimos y nos codeamos diariamente: bárbaros que no colaboran en la gran obra de destrucción, sinó con discursos y con la simpatía con que contemplan la labor de los bárbaros de allá.

Simpatizar es identificarse. Así, el que demuestra simpatía por una acción bárbara, es tan salvaje como el que la ejecuta Siendo esto cierto, ¿que son todos estos germanófilos y francófilos que nos rodean? bárbaros, salvajes, pero de la especie más despreciable porque son cobardes, porque no poseen el heroismo que es la única virtud de los salvajes... Heroísmo, que en aquellos teutones ebrios y crueles,—al morir y matar por órden del amo,—en plena inconsciencia, deja de ser heroismo para ser imbecilidad.

Si; los que creíamos que tan solo los gobiernos eran culpables de las guerras, tenemos que confesar nuestra derrota; ellos no hacen más que utilizar en su beneficio el instinto sanguinario de los pueblos. Instinto que se había podido disimular, pero no había muerto.

Este instinto se manifiesta de dos modos; la forma heróica, valiente, sincera, del que derrama la sangre por su mano y por su voluntad; y la cobarde e hipócrita del que no teniendo el valor de derramarla, goza y se refocila con espectáculos sangrientos. El primero puede ser un asesino vulgar o un torero; el segundo, el público que llena las plazas de toros o los reñideros de gallos, y el que saborea con delicia la crónica policial. El primero es una excepción, mata por satisfacer su instinto, es heróico y «casi» admirable, es un actor; el segundo es el montón anónimo, puede matar y correr el riesgo de morir solamente por orden de un amo, un caudillo, un gobierno, compone las majadas vocingleras de aquí y de todas partes donde aún se conserva la neutralidad, es un espectador que solo puede llegar a ser actor cuando lo arrean. El buey presta sus energías pero hay que uncirlo; él se deja uncir, se deja arrear para servir el interes de su amo.

Como no tenemos toros ni riñas de gallos—que se han prohibido

para evitar el feo espectáculo de que se exteriorize el salvaje que está adentro—estábamos nostálgicos de sangre. Solo de tanto en tanto algun crimen ruidoso que, gracias al esmero de la prensa en relatarlo bien, nos permitia saborearla un poco, y despues, siempre la crónica policial monótona y aburrida...

Fué a causa del estado latente en que vivia ese instinto, que llegamos a creer que estábamos civilizados. Llenos de rubor confesamos nuestra equivocación, disculpable no obstante. ¿Cómo no habiamos de engañarnos, si estaba tan adentro el salvaje y tan disimuladito?

Antes, uno trataba a lo mejor años enteros a una persona, sin descubrir el indio que llevaba oculto; en cambio ahora, da gusto; gracias a la guerra, todos llevan el indio casi al descubierto, bastándonos cambiar tres palabras con un desconocido para descubrir el primato que lleva en su interior.

¿Y cómo no ser asi, si es un espectáculo que supera con mucho a los toros y las riñas de gallos, y los telegramas de la guerra son más sabrosos que la narración de los crimenes vulgares de por aquí?

¡Eso es saber matar! Esto siquiera nos compensa de las antiguas nostalgias!

El Kaiser es hoy más popular y admirado que cualquier torero. Estoy seguro que hasta el mejor le tiene envidia, porque les arrebató el público, les dejó la plaza vacia... Porque, digamos la verdad, entre los aficionados a los toros—¡oh, el instinto sanguinario!—entre los que aplaudian a Bombita, tiene el Kaiser sus mejores admiradores...

Es lógico que asi sea; son impulsados por la misma pasión. Los mismos ardientes admiradores de éste o del otro torero, que discutian sus méritos respectivos, son hoy simpatizantes de los aliados o de los imperios centrales, y siguiendo la costumbre, respondiendo al hábito, discuten igualmente y hasta dándose de puñaladas por el bando de sus simpatias.

La guerra viene a ser, para estos bárbaros que me ocupan, un sanguinario espectáculo apropósito para dar expansión a todos sus salvajes instintos que dormian. Y al mismo tiempo van preparándose, con el ejemplo de aquellas majadas que van a la muerte, como esclavos en holocausto a sus señores, para cuando los quieran arrear y conducir igualmente al matadero. Hoy los admiran, mañana los imitarán. ¿No hemos vivido siempre plagiando los gestos europeos? pues, es natural, que imitemos también el suicidio de Europa, ya que asi nos pondremos a la altura de su «civilización».

Nosotros somos simples monos de imitación, somos indios; ellos son los civilizados...

Y si os parece que exagero cuando digo que estamos rodeados de salvajes por todas partes, haced la prueba, tiradle de la lengua a todos vuestros amigos y veréis como el indio sale a flote enseguida... Se da a conocer de múltiples modos; mientras vosotros haceis sofismas para inducirlo a hablar, él se acalorará, se ofuscará y en sus ojos observaréis brillos siniestros. Pocos, muy pocos, se conservarán tranquilos y desapasionados.

Ved aquí a Juan, a Pedro, a Antonio, a Diego y me daréis la razón.

Ahí está Juan; es un muchacho que ha leido algunos libros, pero hoy no hay quien le haga leer otra cosa que diarios, pero diarios de esos que traen una amplia información telegráfica. Vedlo: acaba de comprar uno; mirad con que ansiedad recorre los grandes titulos... Sonrie... Seguro que sus partidarios han asaltado alguna trinchera ¡ah tigre! ¡Este Juan es un verdadero sibarita saboreando la sangre que destilan los telegramas!

¿Y Pedro? ¿Que le pasa a Pedro? Salta como un loco, aplaude y vocifera... ¡Ah!, es que los alemanes han echado a pique otro acorazado: ¡Si con los alemanes no se puede!..

Aquí lo tenéis a Antonio, que si bien es cierto que es casi analfabeto—carne de cañón de primera clase—no habla nunca como pueblo, es decir, como victima ¡no! El, cuando habla de la guerra, se cuida muy bien de no acordarse que está sin botines y malviviendo a costa de envilecedores oficios... Discute con razones de canciller, es un doctor en derecho internacional!

Y, está discutiendo con Diego,—que es un desgraciado, un obtuso, un cuadrado en cuerpo y alma, que se informó que existia Alemania al declararse la guerra—para convencerlo de que el Kaiser, es el hombre de más agallas del mundo, y no un chacal sanguinario como afirman calumniosamente sus contrarios!..

Y estos son hijos del pueblo; estos son los que tienen que sudar, agotarse, prostituirse o envilecerse para conseguir un pan; estos son los que tienen que hundirse para «in eternum», en la explotación del hombre por el hombre! Asi son las majadas que gritan en los tumultos; tambien en Europa gritaban pocos meses antes de empezar la guerra, y sin embargo allá fueron todos, a servir al enemigo común: el capital.

Asi es el pueblo; torpe e ignorante, siempre dando su sangre para servir intereses ajenos!

Acompañadme a verlo frente a las pizarras de los diarios. Llega hasta alli, para saborear frescas aún, las heróicas hazañas que lo apasionan; alli se siente el hervor de su sangre donde palpita el virus de todas las crueldades. ¡Oh pueblo! por tu arteria circulan todas las vilezas, todas las ponzoñas que te hacen paria y desgraciado. ¡Tu ignorancia secular, es el pecado irredimible que te aplasta!

Me mezclo entre esa multitud, y me parece nadar entre las olas de un mar de idiotez.

En ese amontonamiento de rebaño me parece sentir un hálito de ansiedades bárbaras; respiro uno como vaho de sangre caliente y observo las narices dilatadas de los que tengo más cerca. En cien ojos muy abiertos, leo el asombro que sienten de que sus amos no los hayan mandado al matadero todavia; y para expresar graficamente sus deseos—como sale el balido múltiple de entre la majada—se oye un extentóreo ¡viva! que se extiende rápidamente por ese rebaño humano, produciendo alguna vergonzosa escena de discusión y pugilato, que nos descubre al salvaje que está escondido en el interior de hombres que al parecer son civilizados...

. . . .

Yo huyo frenético a esconderme donde no haya estadistas analfabetos, que me rompan el timpano con sus necedades, y... doy un voto a favor de la guerra, como medida profiláctica que haga desaparecer ésta infección de imbéciles!

RUTILIO RAGNI.

Santa Lucia Abril 1918.

La polémica

— —

Vendrán los dias de esplendor para nuestras ideas, y los hombres mejores y de más alta cultura, encarnarán los postulados de la evolución consciente y de libertad que nosotros propiciamos. Y, entonces, será reconocido el mérito de aquellos que han trabajado por la superación de las ideas, de aquellos buenos que, por su gran sinceridad, jamás engañaron al pueblo ni fingieron fuerzas que no tenian, ni prometieron cosa que no habian de cumplir; les será acreditado en elogios, la obra de critica severa, la polémica valiente, que hizo imposible el estancamiento de las ideas en moldes puramente económicos o en fórmulas y programas politicos. Se comprenderá sin duda, el gran valor que representa la polémica culta, solo rehuida en todos los tiempos y en todos los campos por los espiritus dogmáticos que trabajan las ideas fijas, y por los mediocres que, carentes de talento, les falta el empuje, arte, ciencia y habilidad que es menester para polemizar. Habrá de considerarse que cuando se trabaja en campos abiertos, fuera de toda disciplina, en pleno libre exámen, la polémica surge entre los hombres libres, es una necesidad imperiosa que demanda realidades y cumple asi un rol progresivo. Se dirá, que cuando las ideas avanzadas daban amplio campo para la polémica en sus hojas de publicidad, cuando los espiritus cruzaban sus ideas, discutian, se apasionaban en la defensa de sus puntos de vista reciprocos, la anarquia era un ideal que tenia junto asi a la mayoria de la juventud intelectual, los más sinceros y desinteresados hombres de ciencia, artistas y pensadores. Se llegará a constatar también, de manera induvitable, que la época decadente del anarquismo fué aquella en que predominó el horror a la polémica por temor al personalismo, ese silenciamiento voluntario de la verdad, por que hiere, por que lastima a los que cultivan el mal del artificialismo en la agitación y se valen de la mentira como de una arma de lucha, como un recurso revolucionario.

DESDE CHILE

La propaganda anarquista y el movimiento obrero

(Continuación)

Esos anarquistas, que alguna labor realizaron, pues además de los torneos indicados publicaron periódicos, de corta vida, dicen que muy bien escritos, alguno de circulación clandestina, no previeron, al lanzarse a la lucha todas sus dificultades ni supieron calcular la resistencia del ambiente. De modo que cuando en la práctica vieron todo esto, se descorazonaron los sinceros, y los Sanchos que se creyeron por un momento Quijotes, se fueron tras la presa en el banquete burgués. Alguno de ellos ha dicho que es imposible conseguir nada en Chile por medio de la propaganda anarquista y que hay que aceptar, aunque sea con prevención, la lucha politica. Pero si los que esto han dicho fuesen sinceros, con la enseñanza de los años que llevan en la politica, tendrian que declarar hoy lo contrario, es decir, su equivocación, el error en que incurrieron.

De la floración anarquista de entonces, subsisten, aunque con escasa actividad, algunos ejemplares, los cuales me han hecho formarme una idea de lo que en general fueron en cuanto a la manera de concebir la anarquia y la lucha.

Uno de esos camaradas es partidario del colectivismo, otro dice que anarquistas y socialistas van al mismo fin y que pueden luchar juntos. No os los figuréis ignorantes, no; al menos no seria yo quien asi los juzgara, siendo que los conozco; pero en cuanto a juzgar sus opiniones, ya es otra cosa. Se ve en primer lugar, que no ha podido ser modificado en ellos el concepto que de neófitos se formaron, y que domina a uno, un pesimismo negador de lo deseado, o sea que pueda el hombre gobernarse por si mismo; y al otro, un espiritu de conciliación, de armonia demasiado ingenuo.

Llego, pues, a creer, que en ese entonces no estaban deslindadas las posiciones del socialismo y anarquismo y que se apreciaba la idea un poco a la lijera y un poco más todavia lo que con ella tenia atingencia en el diario luchar.

No faltaron en esa época compañeros de gran actividad y valor, así como Magno Espinosa, muerto hace años, que tuvo participación directiva en la gran huelga de 1903 en Valparaiso, una de las pocas de carácter revolucionario habidas en Chile y en la cual se produjo una de las primeras masacres obreras. No fueron pocas las persecuciones que sufrieron estos compañeros y no pocas veces las puertas de las cárceles se abrieron para ellos y hubieron farsas policiales en que los hicieron aparecer como fabricantes de bombas y fraguando complots de destrucción.

Hubieron tambien por esos años muchos intentos de organización obrera, pero sin resultados satisfactorios, y las instituciones que lograron vivir algun tiempo, no dejaron por su acción recuerdo duradero. Habia sin duda entonces, como hay hoy, discrepancia de opiniones sobre organización entre los compañeros y no poco atolondramiento, lo que hasta cierto punto es explicable, pues nunca ha habido gran preparación para estas cuestiones y el ambiente gremialista es para calentar la cabeza al más sereno.

Desaparecida del escenario de la propaganda anarquista esa pléyade de intelectuales, no por eso se detuvo el movimiento. A los pocos que iban quedando se iban sumando, para convertirse en luchadores, los que hasta entonces solo eran simpatizantes, y muchos de éstos son los que hoy hacen la propaganda.

No son intelectuales, en el sentido que comunmente se usa esta palabra. Son obreros.

Hasta aquí he hablado nada más

que de lo que pasaba en las dos ciudades principales de Chile, Santiago y Valparaiso. De éstas, por la época a que me he venido refiriendo, llegaban a los dos extremos de Chile, Iquique y Punta Arenas, compañeros que enseguida empezaron a hacer propaganda. Ignoro si antes de entonces la habia habido en la primera de estas ciudades, lo que es en la segunda no, aunque habia estado antes residiendo en ella algún compañero. Pero en ninguna de ellas, aunque hayan habido épocas de decaimiento, ha faltado después la propaganda, pero, doloroso es confesarlo, con muy poco resultado proselitista.

En la matanza obrera el 21 de diciembre de 1907, en Iquique murió alguno de esos compañeros, salvándose otros milagrosamente de las metrallas, y luego del fusilamiento, escapando a otro país. Luis Olea, que se habia hecho tambien partidario de la politica y a quien los primeros dias se creyó muerto en la masacre, murió algunos años después en Quito.

Luis Pérez (no intelectual) el que fué a Punta Arenas, empezó en esta ciudad, en compañia de algunos que conocian solo de nombre la anarquia, es decir, la idea, una campaña harto atrevida. De temperamento provocador, se complacia en decirles cuatro cosas, mezcla de verdad e insultos, a los burgueses. Su breviario era «Las Palabras de un Rebelde» de Kropotkine, y opinaba que para la revolución solo faltaba iniciarla. No hay para que decir que se conquistó una malquerencia enorme de parte de la burguesia y aun de la mayoria de los trabajadores, que no es raro sean los crucificadores de Cristos.

JUAN F. BARRERA.

(Continuará)

PERFILES

I

Es una interpretación de baja categoria, la de querer establecer los valores individuales sobre un decálogo moral o sociológico. Eso, tambien, es pontificar. El hombre es y debe ser, pero no como tú lo quieras y menos como tú le dictes. La libertad empieza en ti y en mi, pero no en una ley tuya o mia, no en un mandamiento cualquiera, ni en ninguna concepción; la libertad empieza en el hombre, y del hombre es un resultado, como capacidad real de su espiritu.

Una libertad que legisla esta o aquella ética, es tan profundamente odiosa como la que establecen los términos de la politica.

No; la libertad y todas sus derivados de justicia, de desinterés, etc., serán de ti si eres capaz de vivirlos; mas no porque los encarezcas o los enaltezcas en bien de los otros o en bien de tu individuo, encarnarán las formas de tu conducta si ellos no forman el patrimonio de tus capacidades.

Vivir en la realidad esplendente de una vida mejorada, es lo que interesa al hombre y no los cánones que la acomoden. El decálogo, todos los decálogos de valores fijos, integran la contradicción o constituyen el embarazo de las ideas que tienden a despertar en el hombre la realidad de liberaciones integrales. Por medio de una ley es harto fácil creer en Dios, como los hombres han creido, o creer en la anarquia, como el anarquismo cree; pero, ¿puedes decirme cuál es la palabra que califica a los hombres que se distinguen por tales creencias?

Para seguir los determinismos de una tabla de valores en contradicción o en detrimento de las libres voluntades humanas, para eso no se es, ni se puede ser anarquista. El anarquista se perfecciona en si mismo lo que hay de perfectible en los demás, y de esta suerte lucha, trabaja y se esfuerza por exteriorizar en su medio, los libres ejercicios de su vida. Pero esta anarquia no es la tuya, ya lo sé: tu anarquia se halla tutelada por una gran colectividad que concibe la anarquía a travez de las hechuras de una religión que santamente le ofrece un infinito número de panaceas felices. Y para esa colectividad escribes tú; y por ella y sobre ella acomodas tus mil posturas de inteligencia. Ese es tu mérito.

II

El *pontífice* no ha tenido el valor de hablar en primera persona. Asi hace siempre. El gusta de tener defensores y nunca le falta por ahi algún inocentón que se preste a sus juegos interesados. Revolucionario el más decidido del continente, según lo proclama en una verborrea que parece como que quisiera levantar hasta las piedras de la calle, quiso poner en situación dudosa los valores de tu impreso, y eso que sin perder puntada vienes mostrándoselos a la colectividad, con una constancia de apóstol. Pero de ahi no ha pasado.

Sus palabras fuertes, simuladas y avinagradas, concluyeron tan pronto como el frágil pedestal sobre que se asentaba, fué libertado de los tapujos que mañosamente lo cubrian. Y tales tapujos son los nuevos laureles, ay, que agrega a su corona de espinas.

Tú le llamaste *pontífice*, pero hiciste mal en aplicarle este nombre desde una circunstancia de espiritu que no es la tuya. La revolución que aquel *infalible* quiere para regenerar el mundo, basada en los brutales instintos de la especie, hizo en tu alma un cosquilleo de repulsión y se la negaste; pero, como ya he dicho, desde una altura ideal que no es la tuya. He ahi tu falla.

Si no crees en esa revolución tan fuera de tiempo y de espacio, ¿por qué tomas de ella la exactitud de sus atributos para seguir afirmando sus valores colectivos?

III

Yo no quiero exigir de ti un esfuerzo máximo de sinceridad, tanto menos, cuanto que ella no es en tu espiritu un elemento de relación. Pero examinate un poco y no digas entonces que la sinceridad es la primera norma de tu vida. Porque si te inspiras hoy en una idea de progreso y mañana en la doctrina la resultante de una teoria pretérita, eres de aquellos que no se sabe en dónde o sobre qué direcciones tienen las metas de su inteligencia.

No; la sinceridad se afirma en una idea irreductible, siempre en aumento, y sin que sea un estorbo para su afirmación el que haya muchos que la sigan o el que seas tú solo el que la sienta y la interprete. Sin embargo, ¿qué quedaria de ti, de ser posible apartarte de las muchas encrucijadas ideológicas, que configuran tus rumbos contradictorios?

A ti, ya que te llamas hombre revolucionario, te hace falta una senda de rectitud y un principio irreductible de sinceridad.

UNO.

EL PUEBLO...

Alguna vez vendrán a decirnos:

—Vuestro idealismo es metafisico, y un tanto lírico, pués, que no tiene fórmulas de vida futura ni planos circunstanciados de las sociedades humanas del porvenir. No habéis demostrado todavia, que valor puede tener la palabra anarquia, cuando no significa realidades como el comer mejor, el trabajar menos, el hacer lo que uno quiera. Hasta ahora vuestra propaganda es negativa entre el pueblo, porque aquello que el pueblo desea es mejorar de vida, sin importarle que esas mejoras las merezca o no, sean o no justas, duren o no duren en el dominio de las realidades. Mientras los politicos ofrecen mucho para ahora enseguida, mientras los socialistas prometen para ahora y para después, mientras los anarquistas ultra-revolucionarios prometen el paraiso para después del gran dia de la revolución social, vosotros nada prometéis, nada fijáis como meta, nada como definitivo construis.

Habéis punteado muy alto las cuerdas de vuestro idealismo y arancais sonidos muy bellos, muy armoniosos, quizás demasiado, para los tiempos en que vivimos.

El pueblo quiere certidumbres de dicha y de hartazgo, pero sin que esas certidumbres le demanden siquiera un adarme de esfuerzo, el más leve sacrificio. Asi, con estas disposiciones de espiritu, puede explicarse perfectamente el éxito de los politicos, de los saca muelas sin dolor y los charlatanes de la plaza pública. Asi, puede explicarse tambien, vuestro fracaso. ¡Venirle al pueblo con consejos de perfección!.. ¡Pedirle que se dedique a pensar, que realice esfuerzos para emanciparse de los politicos, de los capitalistas, de los caudillos, de todos los bichos que tienen alma de dominadores! No. El pueblo es perezoso, tiende siempre a odiar todo aquello que le ofrece alguna dificultad; os odia a vosotros por que procurais despertar su espiritu, por que golpeais reciamente en su puerta. Vuestras verdades como aun no son hechos, les merecen menosprecio. Vale más el football u otros entretenimientos, que las conferencias educativas, que los libracos complicados y aburridos.

Y, no pensar, que exagero. Vuestras palabras, vuestras explicaciones más detalladas, más minuciosas, tienen contornos ingratos para el entendimiento de las masas, para el intelecto del pueblo. Aquello que este no comprende, llámale con desprecio, «filosofías».

La verdad, la sinceridad, hace mal efecto en las vidas del pueblo, porque le tienen muy mal acostumbrado. Vienen los politicos en busca de votos y le adulan; vienen los socialistas, y por los mismos motivos y otras razones por añadidura, tambien le adulan; vienen los fabricantes de felicidad futura y devotos de la santa revolución, y para no ser menos que los demás, completan el ciclo de las adulaciones. En cambio vosotros, en vez de inciensо y dulces promesas le planteais esfuerzos, le recomendais instrucción; le reafirmais que para obtener su emancipación, ha de merecerla, debe conquistarla por si mismo.

El pueblo no os entiende, no quiere entender aquello que le obliga al trabajo y que exije un poquito de inteligencia. ¡Ah! no son pocos los que dicen: «cuando era la gente menos instruida, se vivia mejor y se sufria menos»... y quizás tengan algo de razón.

José Tato Lorenzo.

Una Velada

El Centro de Estudios Sociales Labor y Ciencia ha resuelto realizar una velada artística, con cuyo producido cubrirá los gastos de la impresión de un folleto conteniendo el trabajo de Pedro Gori, titulado «Lo que queremos».

Sus organizadores piensan celebrar esta velada y conferencia para el tercer sábado del mes de Mayo. En breve circulará el programa, que a buen seguro tendrá atractivos que asegurarán el éxito de la función.

GIROS Y CORRESPONDENCIA
: : : : A NOMBRE DE : : : :
ANDREA PAREDES

Balance de los números
75, 76 y 77

SALIDAS	
Gastos para la impresión.	$ 26.30
Estampillas	» 5.30
Alquiler de Marzo . . .	» 4.00
Porte pago, mes de Marzo.	» 0.30
Correspondencia multada.	» 0.04
Total.	$ 35.94
ENTRADAS	
Por suscripciones . . .	» 18.60
Por paquetes.	» 8.88
Venta de libros.	» 1.15
N. F. (Cerro)	» 1.00
Venta «Luz y Vida», (Cerro). núm. 74, 75, 76 y 77 .	» 4.49
Id. «Labor y Ciencia», No. 67	» 0.50
Superavit del núm 74 . .	$ 0.06
Total.	$ 34.68
RESUMEN	
Salidas.	$ 35.94
Entradas	» 34.68
Déficit que pasa al núm. 78	» 1.26

NOTAS ADMINISTRATIVAS

C. Pagliarini.—Recibimos 22 pesos; esperamos carta.

E. Vazquez.—Fué depositado en Correos en la fecha que indica el sello.

R. Ragni.—Camerlo nos entregó 0.50 de la suscripción de «Estudios», más 2.10 de suscripción del periódico. Tiene pago Marzo.

A los suscriptores del Sauce (Canelones) les notificamos que Juan R. Robaina (hijo) se ha quedado con el dinero cobrado de los suscriptores, unos 8 pesos.

PARA TODO LO RELACIONADO CON NUESTRO SEMANARIO EN LA REPÚBLICA ARGENTINA, DIRIJANSE A NUESTRO AGENTE JOSE GARIJO, INDEPENDENCIA 1583.—B. AIRES.